

Personajes literarios

ROBERTO BRAVO

Nací y me crié en un pequeño pueblo de la Cuenca del Papaloapan; allí, todos nos conocíamos y conviví con gente de todos los oficios, la mayoría pobres que ganaban para lo indispensable. Muchos, a pesar del entorno, lograron no doblegarse ante el infortunio y viven una existencia tranquila; otros, menos fuertes (algunos ya murieron), sucumbieron en las trampas que les tendieron otros hombres y su propia naturaleza. Esta reflexión viene al caso porque mis personajes literarios favoritos tienen que ver con esta recapitulación: son seres que enfrentan la vida con su espíritu más que con su inteligencia. Y, son tan ingenuos a veces, que esto mismo los salva; son puros en la autodestrucción y en el amor.

Me atraen aquellos que al toparse con la realidad, este enfrentamiento les hace concebir quimeras, asociaciones disparatadas, misiones infantiles, etc. Los locos de Leopoldo Marechal en *Megafón* o la guerra y El banquete de Severo Arcángelo; los también locos autodestructivos de Roberto Arlt; el destripado social de *La caída* de Albert Camus. Hay dos personajes que creen encaminarse hacia un destino promisorio cuando en realidad sólo se acercan a una artimaña y caen en ella: Larsen de *El astillero* de Juan Carlos Onetti y Benjamín Otálora del cuento "El muerto" de Jorge Luis Borges. Nada mejor que ellos para ejemplificar la fábula del cazador cazado. La actitud resignada de los humildes ante la tragedia en los cuentos de Juan Rulfo. Tommy Wilhen, quien fue derrotado por la vida en *Carpe Diem* de Saul Bellow; el ingenuo defeño que llegó a "hacerla" al Acapulco de *Se está haciendo tarde*

(final en laguna) de José Agustín. Tanto personaje trágico, tan bellamente construido tiene la literatura contemporánea que Edipo y sus hermanos de simbología han quedado rezagados. La lista es extensa y parecería una exaltación morbosa del dolor.

Me gustan los personajes "de comedia" o que atraviesan el sentido de la realidad, como el suertudo "Conejo" de la tetralogía de John Updike, "El Negro" de Dos crímenes de Jorge Ibarguengoitia, Alicia de Alicia en el país de las maravillas de Lewis Carrol, que me parecen de lo mejor.

Mención aparte merece Pierre de Guerra y Paz de Tolstoi, quizá el más humano de todos los personajes que conozco.

Siempre he sentido atracción por conocer la vida de los demás, esto me ha llevado a leer una buena cantidad de biografías, de entre ellas son significativas para mí las del emperador Claudio, tan tonto, tan intuitivo y tan inteligente de Robert Graves; el siempre mesurado autobiógrafo William Somerset Maugham de *Recapitulación*; Tolstoi, el irreflexivo; el disciplinado y maniático Kant, según la versión de Thomas de Quincy; Gandhi, el perseverante; el siempre inquieto Bertrand Russell; el escéptico Pessoa; el todo sensible Charles Lutwidge Dogson (Lewis Carrol); el asustadizo, muerto de tedio y droga William Burroughs de *Yonqui*, el pícaro Cristóbal Colón de *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier.

Mencioné algunos de los personajes más importantes para mí, por lo tanto, también diré el nombre del que detesto más: Job el de la Biblia.

Don Miguel de Unamuno en *El sentimiento trágico* de la vida defendía el derecho de ser de las personas por sobre todas las cosas; afirmaba que el hecho de decidir sobre la propia existencia hacía equivalentes al virtuoso y al vicioso, cito lo anterior (de memoria), porque estoy convencido de que los hombres son valiosos por su autenticidad, es decir su humanidad. Hasta este momento no conozco a nadie que haya traicionado su naturaleza. Esto nos hace iguales. Lo anterior que es particularidad de todos los hombres, no lo es de los personajes literarios, estos requieren algo más que ser creados para ser auténticos; necesitan ser verosímiles. ■